

Excursiones



*Este libro fue escrito con una Beca de la John Simon
Guggenheim Memorial Foundation.*

Silvio Mattoni

Excursiones



Colección de poesía argentina *Astrolabio*

Editorial detodoslosmares

Rivadavia 381 local 3

CP: 5184 - Capilla del Monte - Córdoba - Argentina

e-mail: detodoslosmares.editorial@gmail.com

www.editorialdetodoslosmares.com

© 2006 Alción Editora

© 2019 Silvio Mattoni

© 2019 Editorial detodoslosmares

Edición literaria: Stella Maris Cochetti

Ilustración: María Licciardo

Diseño de tapa e interior: Leda Rensin

Queda hecho el depósito que marca la Ley número 11.723

ISBN: 978-987-46449-8-5

Impreso en la Argentina

Libro de edición argentina

Mattoni, Silvio

Excursiones / Silvio Mattoni ; dirigido por Gerardo Coccio ; editor literario Stella Maris Cochetti ; ilustrado por María Licciardo ; 1a ed . - Capilla del Monte : Detodoslosmares, 2019.

72 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Astrolabio ; 11)

ISBN 978-987-47236-0-4

1. Poesía Argentina. I. Coccio, Gerardo, dir. II. Cochetti, Stella Maris, ed. Lit. III. Licciardo, María, ilus. IV. Título.
CDD A861

*Las confesiones, en especial, alcanzan la mayoría
de las veces por la vía de lo ingenuo, por ellas mismas,
el arabesco, al que las novelas se elevan a lo sumo al final.*

Friedrich Schlegel, *Diálogo sobre la poesía*

*Algo en nosotros, que no nos está destinado,
encuentra salida.*

Pascal Quignard, *Retórica especulativa*

paseo



Las ruedas del carrito giran con firmeza,
a pesar de que los chinos laboriosos
habrán tenido que resignarse al plástico
industrial. Vamos callados los dos,
pero la nena observa con detenimiento
las personas que aparecen, los perros,
y saluda o señala de acuerdo a la mirada
que descubre en sus ojos. Yo camino
pensando en los poemas que me libren del mal
y que no llegan nunca. “Lo que falta es la fe”,
decía Hegel. A veces uso frases
para estimular los oídos de la beba
con palabras que no podrá decir.
Si ella pudiera recordar, contar
este paseo cuando sea grande,
¿encontrará un indicio de inmortalidad?
Mi cerebro titila hace unos días
y confirma mi idea más antigua,
la primera memoria: alguna vez
se apagará el arroyo de palabras,
se cortará la luz y no habrá sueños.
¿No es posible recobrar la alegría
antes de cualquier libro? ¿Dónde
escondí los detalles de mi primera infancia?

Muchas baldosas rotas, mínimas obras
abandonadas por la mano alegórica
del tiempo. Con el pie derecho empujo

el eje trasero del coche y saltamos
sobre los obstáculos. En seguida llegamos
a la vereda lisa de la iglesia:
la regularidad de las estrías
produce un traqueteo que nos gusta.
El ritmo de dos torres de cemento
dispersa diagonales que cortamos
con nuestras ocho ruedas. ¿Será neogótico
ese anhelo precario de levantar la cruz
en una aguja de hierro? “Bu, bu, bu”,
tu dedo índice señala un perro
y te das vuelta para compartirlo.
Tenés razón: en estas construcciones
no hay sentido ni estilo. Pero un cuerpo
humano o animal se da con gracia
destacada sobre las casas bajas y los pobres
intentos de hacer algo duradero.
Justo enfrente del atrio, no pude evitar ver
un pichón aplastado pululando de hormigas.
No te lo muestro, ni lo verías, solo
te interesa lo vivo. De un altísimo nido,
¿lo tiró un accidente o fue expulsado?

Las megalomanías me acompañan
como si todo el tiempo fuera mío.
Soñé que estaba en un país lejano
y junto a dos amigos, que no puedo
reconocer, cazábamos ranas arborícolas.

Brillaban verdes, intensas, en las ramas
más altas de unos ficus, unos siempreverdes,
paraísos y plátanos, con largas cañas
las bajábamos. La bolsa estaba llena,
pero no se movían, eran un alimento
pacífico, como frutas. ¿Soñás
vos con perros, caballos, gatos,
o te acordás de los sapitos en el campo
y la alegría, los saltos que te contagiaban?
Son como versos, creo, uno los pesca
pero no los inventa. “¿Dónde está el ‘po’?
¿A dónde están los ‘po’ escondidos?”, te digo.
Y te das vuelta y contestás: “Po, po...”
Para que riéndonos busquemos juntos
a esos misteriosos saltarines que no viven
en este barrio. Pero si a la noche
nos iluminan titilando, croan
a nuestro lado mientras caminamos,
¿cómo es posible que no existan? Te digo:
“vas en el coche, recostada, tranquila,
pero sabés que todo es un trayecto
entre cosas y seres que de pronto
dejamos atrás para poder besar
y comernos su luz en la memoria”.

En el ángulo opuesto de la iglesia, el cilindro
que se eleva con sus almenas de juguete,
rosas y blancas, reza: *Turrís Davidica*.

¿Habrá una construcci3n veterotestamentaria
que sell3 el voto de la orden imperante
en esta manzana del barrio? Seguimos,
cruzo la calle para ver a los santos
de cemento, estirados en sus ojivas
que simulan materiales nobles.  Los ves?
No, est s llamando a un t3tem emplumado:
“cu , cu ...” Y una paloma asustada que vuela
como si en su primera forma los patos
pertencieran al cielo hasta que el agua
los obliga al reposo, a la resignaci3n.
 Sabr n los santos flacos, como figuras
sin conciencia influidas por Giacometti,
que nunca en estas tierras hubo fe,
ni edad media, milagros, casi nada
entre el vacío y la escisi3n cumplida?
Para vos sí, hay algo, te señalo
el gris ceniza de unas alas que se aquietan
sobre un paraíso. Las ves, de nuevo: “cu ”.
Tu dedo índice y tus labios abiertos
en la dichosa sílaba le agregan al pastiche
el milagro más cierto, sin historia.

Hay una música en nuestra caminata:
con las baldosas rotas bajo las ocho ruedas,
el coche un poco avanza y otro poco se frena.
No tenemos secreto para los versos blancos
que decolora el tiempo. Ahora compremos

un cuarto de pan criollo, cuando crezcas
te harán reír de tu ciudad. Una casa
de mil novecientos doce corta el ritmo
de cubos y de prismas: ¿te interesan
las caras moldeadas en cornisas
coronadas de acantos excesivos? Parece
abandonada, sin duda que sus dueños
la usan para vivir y no la miran.
Hay otra música en tus breves sílabas:
a baldosas estriadas, ruedas lisas,
la casa se demora a tus espaldas.

Saludás con la mano a los que pasan.
Yo acompaño tu gesto con mi mueca
de vecino dichoso, aunque discreto. Allá,
desde la esquina el ángulo del ojo
ve a una mujer joven que se acerca.
No le miro la cara hasta que siento
sin ver tu consentimiento, tu risa
dirigiéndose al mundo debajo de los rulos
castaños. Fijo en el rostro el centro
de mi atención y pienso: no hay codicia
real en la curiosa búsqueda
de una belleza que no va a durar.
Digo: “¡Hola!”, muestro un diente, es tu maestra
jardinera. Ha terminado su horario
de trabajo y corre perseguida, escapándose
de un sátiro invisible que encontrará después,

cuando sea ninfa nocturna y se pinte los labios.
Pasó a nuestro lado. ¿Tendrás vos
que cuidar bien tu pelo y tener pasos
de animalito que atraviesa un bosque
de ojos? Pero me gusta agregarte
una precisa inteligencia que ojalá
te haga amiga de Diana y te dé flechas.
Ahora me callo, porque en ese mundo
no voy a estar. Ni volverá este instante
que en el futuro dicta sus palabras.

Vamos hacia la plaza. Siempre hay algo
para colmar tu alegría de mínimos índices
que dibujan una palabra no sabida.
Perros grandes que corren como tropas
de un ejército sin jefe, juguetes
de los organizados hombrecitos
que se hamacan furiosos. Mirá
las artesanías falsas, los autos y motos
a batería, el que alquila
una pelota y la ilusión de un arco
que ya ha sido vencido. En el extremo
sureste de la plaza, si es correcta
la información del sol, unas estatuas
de yeso nos esperan. ¿Qué remotas
manos habrán pensado, en qué momento
de la historia, en hacer un Moisés
tamaño enano, una Venus que sale

sin color, como tiza, del hormigón
que forma cuadros para imitar baldosas?
Me gusta la que tiene un pecho erecto
afuera de la túnica, el pelo recogido,
y supongo que es Diana, desarmada.
No tenemos jardín ni religión.
¿Dónde pondría ese yeso para ver
cómo oscurecen los años el blanco?
Empujo el coche, hago una reverencia
con la vista, saludando a la diosa
y ayudando a tu dedo que la llama.
En poco tiempo, pasearás entre los árboles,
subirás al tobogán, tendrás la risa
devuelta en la mirada de los otros.
No te olvides de mostrarle a tu diosa,
que estará oculta en vos antes del habla,
las raíces enormes del ombú, decile
o decite a vos misma: “este gran pulpo
es mi planta sagrada de una tarde”.

En el camino de regreso, pienso
en la pintura que se está formando
a pocas cuadras: la mano de mi amigo
pone un color que saca con el dorso,
pero deja el vestigio casi verde
de un río en la llanura anaranjada.
San Cristóbal, gigante, lleva a un chico
que parece un muñeco sobre el hombro,

y un bastón en la mano. Un solo paso
se hundirá en el agua, el pie derecho
tocará la otra orilla. Como a vos,
el movimiento hará reír al niño.
Pero no todavía. De repente,
la calle se hace río y los autos son bestias
veloces, que amenazan nuestro carro
frágil en el cordón de la vereda.
Tranquilamente cruzo, tu alegría
entrebate la corriente, paraliza la espuma.
No soy un santo, ni vos sos una diosa,
literalmente hablando. Y algún día
no pisarán nuestros pies el suelo que nos ama.
Pero en este momento sos eterna,
y dejo mis palabras para subir al cielo
colgado del carrito azul marino.

Hablan, gritan, se ríen, te saludan
tus hermanas mayores. “Acá estamos”,
les digo y vos entrás con tu dudoso paso
a buscar un juguete, alguna cosa
que cambia de lugar. “¿Adónde fueron?”,
me preguntan. “A caminar”, contesto.
Si menciono la plaza habrá un reproche
bien merecido. Desde el segundo patio
viene un rostro italiano, un cuerpo pequeño
con hombros anchos, cuello fino. “¿Quién es?”,
pregunto acompañándote, mirando

el pelo recogido de color naranja
donde el sol se detiene a darle un beso.
Es tu mamá, pero es también la causa
de mi felicidad, de este poema
que ahora se acaba porque hablé con ella,
y el día se atesora. Dice: “nada es eterno,
pero hay tiempo y deseo todavía”.

compras



Con la risa perpetua y el saltito
que das a cada paso, me llevabas
hacia los escaparates, las góndolas
y el brillo de una abundancia imperturbable.
De día, ningún tropiezo quita
un resorte a tus piernas de estatua
en miniatura, elástica. Pero apenas
cae la noche y empezás a extrañar
la compañía. Y la cueva de niñas
jocosas no te cuida cuando duermen
tus profundas hermanas. ¿Qué secretos
se alzan entonces en la oscuridad?
¿O es algo que te falta? Niña insomne,
no sabés cuánto nos acerca el miedo
que valientemente controlamos, y de pronto
cede el piso, yacemos, muy lejos
y a veinticinco años de distancia.
Pero no está en la sombra el enemigo.
¿Puede haber protección en un juguete
aferrado con toda la fuerza del sueño?
¿Querés algo, cualquier cosa, ves
algo que te guste? Hoy te daría
la poca resistencia que me queda
para que puedas reírte de la nada
y jugar con la ausencia del fetiche,
hasta que seas tan pero tan grande
que sólo mirando al cielo me encandile
la precisión actuada en tu belleza.

¿Sentís que algo se esconde en los rincones donde las sombras aumentan? “—Papá, ¿podés comprarme algo? —Solo si prometés que no vas a tener miedo. ¿Qué cosas te asustan de noche? —Sueño, pienso que hay arañas. —Pero si son chiquitas y además no hacen nada. —Sí hacen. —No, ellas se asustan de vos, si hay alguna se queda en su tela, quieta, esperando. —Hacen otra cosa. —¿Qué? —Tienen veneno”. Y te seguí explicando sin querer saber lo que sabía, que ellas minúsculas con sus ocho patas siempre son cazadoras, la forma más pequeña del predador. Ay, Margarita, como nosotros, matan para vivir. Esperan meses a los insectos libadores como un león acechando a un rumiante. Agarro entonces una libreta, un video, un bibelot de plástico para no recordar mis noches blancas contemplando la lenta cacería en el techo sin apagar la luz. En las tinieblas el miedo te hace su presa, cualquiera sale a cazar. ¿Y si alguien hizo esa insólita espera del hambre, ese monstruo de ocho facetas? ¿No será un signo acaso de un vacío esperando por detrás de nosotros?

Y ella quiere un cuaderno con las tapas plateadas
para anotar sus sueños cuando aprenda
a leer en la noche los caprichos
y los estados de ánimo. Unas veces
acepto y otras digo que no, que falta
siempre plata para llegar, pagar
comida o cuotas. Pero sabemos
que los pedidos no tienen solución,
ni hay un final para el querer. Vamos
hacia las cosas de limpieza y vemos
las góndolas de alimento para perros, trato
de que ella no se dé cuenta. Ahora
no tenemos perro, está muerto, ya
no compraremos nunca en esta parte
del gran infierno iluminado. Cuando supo
que el viejo animal negro no volvería
de la veterinaria, el llanto superó
todas mis previsiones. ¿En qué momento
me fui volviendo inmune a la amistad
y a la fidelidad? Pero vos,
con tus dibujitos en anotadores
diminutos, con perritos geométricos
repetidos una y otra vez, acompañados
de tu madre al final de la cadena
en los paseos urinarios de cada día, vos
me mostraste de nuevo el viejo pozo
que se chupa a los seres y que escupe
un chorro de presencia. ¿Será eso
lo que te asusta de la oscuridad?

Sólo en algunos momentos, porque siempre te colgás los adornos del valor y tu risa resuena en el vacío de las cosas que usás como si tu encanto fuera una potencia inigualable. Margarita, ayer nomás bañabas de lágrimas las fotos de tu perro y ahora estás corriendo, dando saltos, bajo las luces blancas del supermercado que quisieran negar la verdad y la muerte.

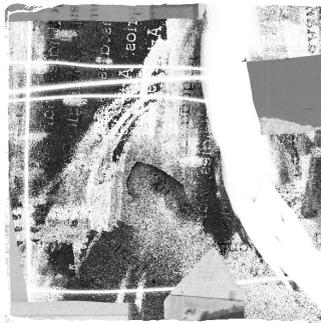
Demasiado impasible, demasiado apegada, tus hermanas te rodean como límites que no vas a cruzar. Demasiado las querés a las dos. Ojalá un día puedas pensar que al apagar la luz algo te busca, tanteando, y casi toca con cariño tu cuerpo que se agita en el sueño. Es la nada que quiere solamente ver, que vos le indiques mirando la felicidad, el paso rápido de la vida absoluta. Y apenas abras los ojos grandes sentirás retroceder esa ausencia sin forma que de nuevo se esconderá en su cueva. ¿Una araña o un dios que va achicándose de a poco como un personaje de cuentos por obra de alguna bruja o simplemente porque ya nadie le reza? Cuidate,

no del temor que ya es una defensa,
sino de ese vacío que nos pone
en busca desesperada del amor
y los objetos. Pero, ¡qué digo!,
si ya sos tan buscada que aprendiste
a manejar cada gesto. Y ahora,
¿qué nos falta para ir a la salida?

“—Hagámoslo todos. Primero vos,
segunda la mamá, y nosotras tres,
y el perro, claro. —¿Cómo, el perro? Pero...
—Voy corriendo a la tumba y te lo traigo”.
Así empieza tu risa, ¿acaso viste
el lado cómico de todas las máscaras
o una luz de tinieblas? Finalmente, aceptamos:
vos un muñeco azul y rojo, yo un cuaderno
para anotar lo que no entra en un registro.
¿Quién va a pagar, si no tenemos nada
más que una solución precaria? Vamos
a dejarte una luz, apenas, prendida
debajo de una tela para que tus hermanas
no se despierten. También podés abrir
un centímetro el postigo de tu pieza
y que entren a ayudarte los fantasmas
luminosos, constantes. Pero los dos
haremos una promesa: nunca
dejaremos de pelear contra esa cosa,
aun cuando tenga que ganar. Ahora dame

la mano, Margarita, y con cuidado
que es una playa de estacionamiento.

cortes



La veo envuelta en una capa azul
eléctrico, con el pelo mojado
y lacio, sin poder mover las manos
para indicar los centímetros que acepta
cortarse. Le digo al peluquero
que haga un marco perfecto para el rostro
serio de esa niña santa que no alzaré
una voz de protesta. En otra silla
bajo otra capa azul mi cuerpo espera
no volverse indiferente, ni tan poco
atractivo para mi vista como el pelo
que sigue la procesión del tiempo y va
raleando paso a paso en mi cabeza.
Por el espejo miro su quietud
y mi inmovilidad. Ya parecemos
los muñecos de otra nena que juega
a envolvernos en sábanas minúsculas.
Esta mañana encontré uno, dormido
aunque acaso nunca pueda abrir los ojos,
totalmente arropado en una tela
blanca, con pétalos rojos, de flores
que solo existen en el limbo antiguo
de las convenciones decorativas.
Lo llevé a su lugar. ¿Tendrá uno propio?
De soslayo veo brillar el fondo
de un ojo de mi hija. Sé que al fin
va a llorar, pero me asusta
toda la valentía que demuestra
y la furia que guarda para cuando

estemos solos. Aunque pueda alabar
la cualidad expresiva de sus lágrimas,
la cantidad que vierte para seguir
pisando un suelo suave, sus palabras
me atacarán en cambio más precisas.
Ella es también un ser verbal. Quisiera
que su vida sea más clara, menos
empantanada en versos que la mía.
Pero yo estoy en el país de los que no hablan.

Es lúgubre el bebé de plástico
que sólo había mostrado su cara
sin pupilas por el hueco de la tela
artísticamente enrollada. Creo acordarme
de un sueño: estaba envuelto
en una venda amarilla y apretada
como una momia. No podía mover
brazos ni piernas. De pie, clavado
como una estaca en un pozo de barro
donde me hundía un milímetro cada vez
que pensaba algo. ¿Era la muerte o una fantasía?
¿Qué traía el vendaje de la noche
y adónde me llevaba una cabeza
llena de pensamientos? Quizás era
la misma que ahora flota sobre el azul brillante
y se deja peinar sin que una mano
pueda rozar sus mejillas hinchadas.
Francisca se concentra mientras su pelo cae

y no piensa en ella, sino en su legítima protesta contra un padre caprichoso. Voy a cantar su enojo, vale más que la fuerza callada de un guerrero perdiéndose en el polvo de ciudades hechas para caer. Ella nunca se cansa de condensar las gotas dispersas en el aire en cápsulas memorables. Sueña sentada como una semilla de cardo que sacude su penacho de plumas, delicada, fijándose una meta que borre mi falta de respuestas.

¿Qué me mantenía en sueños parado como Lázaro en un cuadro de Duccio di Buoninsegna, con los ojos abiertos sin mirar la expresión asqueada de los otros? Atrás del sarcófago que se incrusta verticalmente en una piedra enorme, donde hay dos arbolitos y tres ramos de yuyos, puede verse una sombra: la mano arrepentida del pintor había hecho un ataúd prismático, acostado, del que saldría el pestilente resucitado. Y cuando la infinita faja de tela le impidió moverse, mostrando apenas el rostro bilioso, el pelo al ras, el rictus del dolor que da nacer dos veces y esperar

ahora una muerte aún más oscura,
entonces el pincel tapó la piedra recta
con una estrecha ojiva donde el cuerpo
no yacía, sino que meditaba
en la nada, negra, donde no hay
relieves, camas o puertas. La vista
de la multitud se asombra ante el cadáver,
salvo dos mujeres impasibles con sus mantos
rojos, que agradecen ese renacimiento
por la gracia de sus cuellos de bronce
y la ausencia de muecas en sus labios.
El que se tapa la nariz ante la tumba
abierta es un incrédulo. No sientas
asco, hija, de los muertos. Si me creés,
el pelo corto te hace más linda, y los papeles
que pegué con engrudo sobre mí
para que se endurezcan solo buscan
el momento de otra resurrección,
con más sangre en la piel que el pobre Lázaro.
Sin las manos, tus ojos pueden leer la luz
que se irá despegando de la costra ya escrita
hasta encontrar las huellas de la base:
fantasma de la sombra, madera, oro
y el deseo de una imagen que se vuelva materia.

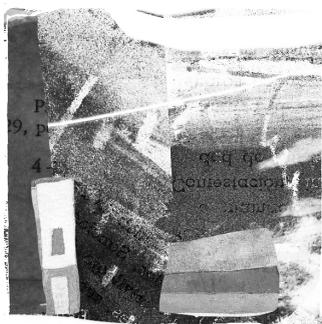
Al fin nos sacan las túnicas azules
y puedo ver tu ceño fruncido mientras toco
con la yema de un dedo el talco blanco,

impalpable en el cuello. Tus piernitas de ocho años se agitan como si nadaran desde la barra cromada del sillón hasta el piso. Nuestro pelo es tan fino que se une al polvo, a los vapores de Lázaro levantado. Bajo mis pies queda una huella clara. Pero ahora te veo resplandecer con las palabras que guardás, las lágrimas que retenés. Quisiera rozar las puntas de tu nuevo peinado, doblando justo alrededor de los maxilares como un óvalo castaño. Y tus ojos que dicen: *noli me tangere*, ni se te ocurra. Después no tengo frases de alabanza, peticiones de un principio autoritario que alcancen a traerte la calma. Transfigurada, no te interesa tanto el largo de tu pelo como la intromisión, el mando estético que llega de otra parte y al que yo me someto igual que vos.

Lloraste afuera de la peluquería como una Magdalena arrodillada con tu campera fucsia y una aureola dorada. No te alegraba asistir a la resurrección, ni el prometido ascenso al reino de una moda. “Nadie, nadie”,

repetías, “no quiero que me vean”. Aún no subías con tu padre. Y ojalá que siempre tengas un “no”, alguna forma de rechazar falsas promesas. Si le tocara una mejilla húmeda se caería el mundo. Se dice “sí” ella misma, y otro día en la mañana frágil me hará saber que estoy vivo todavía, presente, hablando poco y siempre demasiado, de otras cosas.

motel kabin



Íbamos por la siesta conversando
con muy pocas palabras, escondidos
de nuestra propia intimidad, casados
pero haciendo una broma clandestina
sin risas. El hotel de lujo
ofrecía unos cubos funcionales
que por dentro eran maderas, espejos
y un brutal anonimato: puertitas,
ventanitas, tokonomas por donde
llegaban las bebidas y las cuentas.
¡Y nada se repite tras diez años
de conocernos! Queremos vernos
sin ropa, ya, sentir de nuevo el paso
del tiempo en cada uno, y en lugar
de atenuar la violencia, desear más. Un sonido
llega desde lo alto de las sierras: ininfas!
Se apoderan de vos, untan el cuerpo
con aceite invisible, perfumado, el aire
que respirás recibe las partículas
de la luz de las pantallas en la pieza
hecha para una trampa que llamamos amor.
Desnudos, nos besamos, ¿es verdad
que abajo crece el pasto y las gramíneas
se cubren de rocío o es la espuma
sintética que se hincha y nos eleva
por encima del mundo? ¿Es una nube
dorada que nos tapa hecha de gotas
imperceptibles de transpiración ahora

que nos miramos las caras sorprendidas
por un placer del sexo más intenso?

En el cielorraso podías ver
el fin de cada verso como clavos
que fijaban la nube de un instante
en el tiempo, era una primavera
en pleno otoño. Pero recién
hemos entrado y cerramos las puertas
por dentro. Nos reímos
del epitalamio que supimos escribir
en el espacio del consumo.

Dioses en miniatura, van cayendo
camperas, suéters, cintos, tenues charlas
de los amantes del hábito. Y ahí estaban
el deseo y la fácil persuasión
que roban la prudencia. ¿Cómo
llegamos hasta acá, de dónde
vino la alegría? Apenas desde lejos
vi el sórdido refugio y una luz
fuerte en el verde que acentuaba
los ángulos de aquellas construcciones
blancas, lisas, como el techo
de la pieza en que los dos probamos
nuestro placer sin que supieran nada
todos los otros. ¿Qué nos dijimos, qué

impulso tratamos de aceptar?
—Nunca quise tocarte tanto—dije—
en diez años de hacerlo. Pero todo
se ve, ¿adónde iremos, en cuál
cama o rincón estaremos de nuevo?
Me daría vergüenza acostarme a esta hora.
—Ni un dios podría vernos, nos envuelve
un revestimiento suave, de madera y nadie
podrá imaginar quiénes somos, esposos
del secreto. Aunque si lo contamos,
¿qué más que una sonrisa causaremos?
Y nada es serio hoy. —Con mis brazos
traje tu cuerpo conocido al mío
y mis labios recobraron la sed
en agua dulce de vos.

Tranquilamente,
todo adorno del cuerpo te sacaste.

“Ahora quiero dormir, hundirme
en el cansancio. ¿Qué estoy pensando
mientras él cambia de canal y escucho
palabras en un idioma incomprensible?
Saciada, desnuda, arrebuada caigo
a un refugio, una cueva. Podría
seguir un poco más. ¿Cómo será
desear a otros, no tener
siempre la misma sed, la misma
fiesta de ser tocada sin necesidad

de pedirlo? *Evo, evo, evohé,
non ti dimenticar.* ¡Qué sueño!
¿Este será el estado en el que siempre
querría permanecer? Pero es morir
no entregarse al espacio, la distancia
y hasta el rencor que empujan
otra vez y aproximan. Un poco
de llaga abierta se olvidó y llegó
al punto en que el dolor desaparece,
todo, entero. ¿Habrà algo más
o las formas menores, apacibles
eran preludios de lo que vendría?
Habrà un tiempo en que ya no digamos:
quiero, de nuevo, y más. ¿Habrà
otro tiempo? Creo que no. La fe
sostiene la belleza que nos queda
sobre un firme colchón cuyos resortes
no son eternos, pero duran mucho”.

Sólo miraba imágenes, las voces
venían de otro mundo. Imaginaba
que ella pensaba en mí o en ella
de la manera en que a mí
me parecía conocerla. Pero nunca
podré saber cómo es, sentir por un instante
lo que envuelve su cara, su cabeza
y esa alegría de mirarse el cuerpo.
Todo llega a su fin, todo mensaje

está en destino. Y yo la abrazo
como si me dijeran que la muerte está cerca.

Dentro de poco llegará la tarde
con los goces usuales del matrimonio
y en la noche vendrá la esposa joven
nuevamente a colmarte. Confundirán
sus sueños agotados, te rodearán sus brazos
livianos, y que los hilos sigan
girando fatales. Ningún hogar mejor
para variar que este, que difiere
un poco cada día del origen
sin nunca abandonarlo. Que el deseo
triunfe, que la unión se consume.
Aunque detrás de un velo de ilusión
recibí, Silvio, a la diosa que te ama,
oh marido impaciente. Que giren
los hilos del tiempo, que bajen
las luces a las sábanas revueltas
donde la memoria que juzga se aleja
hacia las multitudes. Ya querría
soportar que me toque una mirada clara.

el muñeco



Iba a bajar del auto y lo encontré:
un muñeco tirado en el asiento
de atrás. Seguro que una de ellas lo había dejado
sentado ahí como un hermano nuevo.
Era un varón desde que la más grande
lo bautizó en honor al hijo
de una amiga de sus padres. Después
las otras lo pasearon, lo acunaron.
Sobrevivió a mudanzas, al negro remolino
que se traga las cosas, al cansancio
de los niños ansiosos ante el juguete usado.
¿Tendrá algo que decir? “Vamos, te llevo
conmigo”, pienso; vuelvo a arrancar
el motor de dos litros y su leve susurro
esconde una potencia exagerada.
Pongo al muñeco, la imagen de un bebé,
en el lugar del acompañante. No prendo
la radio. Viajamos en silencio iluminados
por los rayos del sol sobre la calle.
Manejo hacia un abismo donde el tiempo no existe
con un objeto que tiene rostro y nombre,
aunque no muerte. ¿En qué lugar quedó
ese mensaje escrito que ellas nunca
recordarán con frases que sabían decir?
Afinaban la voz y te acostaban
en un cochecito para llevarte
de la pieza a la cocina, de una casa
a la zona de visitas. Tus párpados
apretados como en un comienzo

muy lejano no se abrían y la ceguera
te permitía escuchar. Tímidas manchas
en tu cara de plástico o el tono
percutido en la tela de tu cuerpo
son cuentos que recibiste de la mayor,
que te dio el nombre, la segunda,
que te dio movimientos, la más chica,
que hoy te da vida nueva y se prepara
para olvidarte. No sé si haberte visto
acá en el auto, perdido contra
la pana gris lujosa del siglo pasado,
será un anuncio del fin de tu cuidada
existencia. Un ruido que ha crecido en el escape,
la falla a veces del levantavidrios
eléctrico me dicen que los autos
no suelen durar mucho, y los juguetes
entregados a un deseo que sigue
las leyes de la novedad, ¿qué podrán
esperar? ¿Qué puedo encontrar yo
mientras demoro mi vuelta a una casa
construida antes de mi nacimiento?
Convertirse en huella, rasguño de memoria
como tu gesto fijado en moldes
de una lejana fábrica en Oriente,
no es un destino, es desaparición
de la energía en la luz que se consume.
Va y viene el equilibrio, doblemos D...,
así te llaman ellas, vamos a ver
cómo ha crecido el río esta mañana.

¿A dónde fueron las cosas que escuchaste?
¿O no escuchaste nada ni eran cosas?
Cuando le hablo a una cosa destinada a perderse,
¿estoy perdido? Me fijo si hay monedas
en el recipiente del cenicero,
como si fuera a parar sobre la orilla
urbanizada del río, y tirar una
al flujo de mi deseo, aunque más bien
se la daría al indigente alerta
para que mire el auto mientras bajo
con un muñeco gastado y me acerco
a la verja de ladrillos. ¿Será
un crimen el anhelo de verte flotar
hasta perderte de vista y perderme
con tu disolución inexplicable?
Pero ni una moneda en los rincones
de esto que llaman habitáculo
le abre paso al capricho y pesa más
el cúmulo de instantes en que aún
serás acariciado por las manos de ellas
que ejercitan a diario su motricidad
sobre el amor de los objetos.

Escondería entre los dedos del pasto
mi cara resquebrajada como una hoja
cansada de soportar el peso de la noche,
y te pondría a mi lado en este parque
que ha visto el fin de la sequía con un grito

desordenado y verde. ¿Será acaso tu voz
la que surge como en un sueño despierto
para dictarme acciones que no haré?
Querido D..., hijo imposible de
mis tres hijitas juntas a intervalos
trianuales, nieto de plástico, pequeño buda,
ya es hora de que sepas tu destino
o me digas el mío. Sin el aire
de la respiración que oxida el cuerpo,
alguna forma habrá para que hables
de manera objetiva, como lo hace
este auto con sus revoluciones
aumentando, bajando tras los cambios
de marcha. ¿No expresa entonces
su resistencia al tiempo, toda la fuerza
de una tropilla de caballos de acero
arrastrando más de una tonelada
de materia funcional? Aunque sabemos,
el auto, vos y yo, que el tiempo gana
siempre. ¿No es tu inmovilidad
una más noble y amplia persistencia
como un niño portátil que no crece
y recibe el lenguaje sin hablarlo,
depósito de infancia permanente?
Pero tu cuerpo es sólo una palabra
exagerada, porque un cuerpo siempre
necesita morir y sos materia
pura, inútil de la imaginación
para nenas y débiles poetas.

Respiro y hablo sin mover los labios,
mientras el sol traspasa el parabrisas
y unos átomos de polvo revolotean
encima de tus mejillas infladas
artificialmente, como si fueras
a tocar una flauta que inventaste
y encontrar una chispa de lo vivo
justo cuando el vacío te desuella.
La luz por un segundo nos daría
algo de transparencia, un intervalo
tragicómico donde tendrías voz
sin llamar a la fantasía, entonces
te oiré decir lo que ahora transcribo.

“En una noche eterna, estaba solo
adentro de una caja, en un estante,
dijo mi primer madre porque nada
recuerdo antes de recibir un nombre.
Fui después uno más, en medio
de la horda de juguetes, sentí
el hálito del dragón, la tuerca del robot
acariciando la tela de mi panza.
Cada día salía del canasto
en una alegre, caótica cascada,
y entregaba mi ropa hasta que pude
vivir desnudo entre sus brazos. Ella
empezó a cantar sin palabras, su voz
aguda fue lo primero que tuve

y todavía la siento rebotando
contra mis tímpanos de plástico.
Cerraré los ojos, apagaré el motor,
apoyaré la cabeza en el asiento
y de a poco, desde el fondo
de una penumbra densa, escucharás
lo que me dijo durante años
y ya olvidó: cosas que le llegaban
por su contemplación, por la destreza
que sus sentidos iban adquiriendo”.

La calle ahora se ensancha, me estaciono
frente a un baldío que debió ser plaza
de árboles y de música. Adelante
está el viejo mercado con carteles
anunciando un museo que no existe.
Para que te dé el aire y me sigas contando
abro las ventanillas delanteras
y sentimos el viento que sube desde el río
con el olor del barro que tapiza
ese precario lecho de cemento.
Brisa de primavera, dale voz
a la melancolía de mi confidente.
Allá un árbol despliega con tristeza
sus hojas mudas. Pero cuánta elocuencia
tiene su forma aunque esté plantado
en un simétrico cantero, frente al silencio
desalojado de todos los órdenes

que invade tu débil naturaleza de objeto
fabricado en serie. Y sin embargo
fuiste nombrado, regalaste un ritmo
que yo necesitaba, porque ellas
son mi necesidad, lo que no tengo:
la vida más allá, despreocupada.
Presto atención, a través tuyo escucho
la presencia olvidada que se fuga
hacia el futuro donde está mi muerte.

“Amo y odio a la vez, soy un espejo
de agua limpia que pronto se estremece
o se calma. Querido D..., te llevo
a la plaza a jugar con los demás
simulacros de nenes. ¿Qué le pasa
a este bebé? ¿Llora? ¿Quiere la leche?
O trata de decir que es la alegría
de su madre o su hermana. Cuidado,
no te bajés del coche porque hay agua:
es mi mamá, tu abuela está limpiando.
Le voy a preguntar si lo que hace
tiene un sentido. ¿Por qué tirará al piso
un balde y después lo recoge,
y otro que después escurre? ¿Para qué
nacemos, madre, si vamos a morirnos?
Quedate sentado, D..., la paciencia
nos dará una respuesta. Mientras tanto
te voy a contar el cuento de las tres hermanas.

Sus nombres eran Bella, Bonita y Preciosa, pero solo la primera era tan buena como linda; una furiosa vanidad apesaba a las otras. Un buen día llegó un chico a buscarlas, les pidió que jugaran con él o se casaran. Boni y Preci se peleaban por irse y discutían, pero Bella les dijo: la que sabe esperar recibe un premio. Admiradas, entonces decidieron las tres que no iban a elegir más que la risa y transformaron al chico en un muñeco de madera pintada. Hasta que al fin se olvidaron de todo. ¿No te parece que podrías jugar con un hermano o hermana? ¿Qué le pasará a mi mamá, tu abuela, que se quedó mirando las lagunas diminutas del agua en las baldosas? Ya paseaste bastante, es hora de dormir. Hasta mañana”.

Sigo la costa sin obstáculos en quinta. Cerré las ventanillas, prendí el aire acondicionado. Solo se oye un zumbido entre el muñeco y yo, encapsulados para seguir contando los minutos de su condena al silencio, a la pasividad del puro amor a las diosas infantiles

que lo sacaron un instante, lo alumbraron
como chispa en la más oscura selva
de cosas que se usan y se tiran.

“No sé en qué hora nací, no estoy alegre
ni triste, no soy un raro, ni me gusta
el trato social, pero no puedo
hacer más que decir: así una noche
fui encontrado en una silla de plástico.
No sé si estoy dormido o desvelado,
salvo si me lo dicen. Creo que hay una piedra
en medio de la espuma de mi pecho,
aunque nadie la toca. Nunca creceré
para ver a la amiga que he tenido
sin placer y sin pena. Ahora me quedo
acá, igual que siempre, hasta el final,
cuando se abra la tela, se disperse
el relleno y mi cabeza, mis manos
y mis piernas se mezclen con la nada
reciclable o resistan unos siglos
en la perezosa tierra. Aun así,
habré hablado una vez, habré mandado
un mensaje en un cofre cuya llave
llegó a perderse para siempre”.

Voy subiendo una rampa a lo que llaman
el nudo vial, donde se unen las cuatro

direcciones posibles en la ciudad.
En el círculo central hay una estatua
pintada de colores, una caricatura
de los caminantes para mayor gloria
del automovilista que pasa sin mirarla.
La construyeron cuando la segunda
nena aprendía a hablar y le decía
“nonó, nonó”, cada vez que llegaba
a distinguirla de lejos. ¿Quién sabe
qué frase habrá escondido en esas sílabas
para nombrar un juguete de urbanista?
Ya entonces, D..., empezó a balbucear
tu nombre heredado, que la hizo
olvidar el misterio de ser madre sin lengua.
Su risa la acompaña a todas partes
más allá de las edades, aunque vos
presentías un luto agravando el silencio
de ser nombrado cada vez mejor.

“Me llevaba saltando por los patios de la única
casa que conoció. Yo había ya sufrido
una mudanza. Pero me defendían
del abandono sus gritos de júbilo
y un bucle que de a poco se enroscaba
hasta tocar mi mano sobre su hombro.
No olvidaré sus ojos asombrados,
redondos y brillantes, que la siguen
iluminando año tras año. Y la escuché

decir sus parlamentos en segunda
persona siempre. Las historias
nos envolvían en un rapto
dramático. Bailábamos
siguiendo paso a paso sus canciones”.

A mi izquierda está el parque, a mi derecha
veo los edificios que pretenden
una discreta ostentación, pero ese mismo
pudor se vuelve escandaloso en el tamaño
de los balcones. Las copas de los árboles,
los arbustos, las palmas que se estiran
hasta cubrir de verde la colina de enfrente,
les ofrecen su lujo a las miradas
de los ocupantes, aunque por las noches
se vuelven masa espesa que da miedo.
¿Qué decís, D..., alguien merecerá
haber comprado el cielo especulando
con la tierra que pisan los mortales?
Vos no lo sos, tu única muerte habrá
de ser olvido, final de sueño, pérdida
de una escasa materia que registra huellas.

“Ven, hijo, yo te salvaré. Vení, D...,
ya se acercan los indios a la casa,
esquivemos las flechas invisibles. Entremos
al bosque aquel. Mirá, hay una cueva

donde te taparé y vas a dormir
envuelto en una oscura claridad.
Siento el rugir de un tigre en plena noche.
No te despiertes, hijo, en la mochila
tengo un puñal junto a la mamadera.
Mañana buscaremos a tu tía, mi hermana,
que nos dirá cómo termina todo
y empezará otro juego más complejo.
Ahora cantemos mientras aún dura
la luz de la tarde: buá-buá-no llorés,
la-la-la-dormí, buá-buá-de noché,
la-la-podés seguir... Son ellos,
vamos, huyamos, mi reino, mi vida
entera por un caballo. Ojalá
que cuando yo te olvide abras los ojos
antes de disolverte con los invisibles”.

Entro al parque subiendo y la ciudad
queda a mis pies, aunque no he caminado
ni un paso. Una rueda de la fortuna
que una vez funcionó se ha detenido
para no decir más quién vive o muere.
Cerca están los lugares codiciados
de mi niñez, los juegos, el zoológico,
que para tus dueñas, D..., son solo opciones
algo más escarpadas que los shoppings.
La que acabo de oír tiene esperanzas
en tu resurrección, ¿lo imaginamos

o sabe íntimamente que su dicha no sucedió a un fantasma del deseo abortado? Las otras se resisten a ser un sustituto de la nada. Pero al fin, D..., salvo nosotros que no existimos, sin misterio ellas afirman incesantes lo que pueden.

“Tenés razón, los varones no existen. A mí me olvidarán, como tus hijas van a olvidar el tiempo que inventaste y que siempre fue poco. Desde ahora la luz del sol nos da solo un segundo de transparencia. No trates de entender esas vidas que siguen más allá de tu muerte, mejor pensá en las veces en que fuiste algo menos que un nombre. Por ejemplo, me llaman con el nombre de un amigo nacido de la muerte, del azar que se volvió deseo y adopción del instante, para siempre. Soy el hermano invisible, el que ha dejado de morir, con los párpados fruncidos por la leve sonrisa de lo que retorna. Dejé de ser un hijo hace algún tiempo pero recibo el tono de las órdenes que me llegan del fondo del idioma, ¡qué alegría volver a ser llamado!”

Este es el campus, colina romana
adonde vienen muchos a leerse
ellos mismos en un brumoso espejo
de oficios y virtudes. Tenés suerte,
querido D..., nadie te va a pedir
una palabra sobre tu vocación.
Escucho voces. Las chicas y los chicos
se cruzan frente al auto. Voy despacio
hacia los pabellones donde tengo
una piecita para escribir, un aula
para hablar. Pero ya no hay amigos
y saludo a personas que no alcanzan
a darme un solo signo como los que se leen
escritos con birome en tu cabeza
esférica y sin pelo. Si estaciono,
cuidame bien el auto que ya vuelvo.

Cae la tarde, lo veo desde afuera
del auto, con los brazos extendidos,
mitades plásticas insertas en el torso
de tela blanda. Veo las cicatrices
coronando la breve frente hinchada;
las piernas que se cruzan lo sostienen
casi erguido sobre el respaldo
de pana gris oscura. Animalito
artificial, ¿quién te crucificó
cuando habías venido a celebrar
la alegría del mundo? Nada

es irremediable. No hay muerte para vos,
pero el sentido que algunas palabras
te dieron, ¿cómo podrías
perderlo? ¿Y no seguís sintiendo todavía
la mano que te arrastra por el patio,
que palmea tu espalda simulando
que ocupás el lugar donde ella vive?
Afuera no vivimos del sentido
ni del tiempo. Tu muda eternidad
será la mía de un momento a otro.

“Basta ya, portate bien, buscá
ese límite que todos tenemos
grabado y que pesa sobre las cosas
de barro como cuando tiembla
la tierra hasta que caen y se rompen.
No entiendo el nombre, no me importa, yo
te voy a decir ‘primo’. Por ahora
solo me gusta el tono imperativo
de las madres, la tenaz negación
que esconde la locura de aceptar
producir con el cuerpo otra persona.
No llores, primo, acostate ya,
no hablo para nadie más que vos.
Cuidado con los lobos gigantescos
que roban los muñecos. ¿Querés algo?
¿No? Claro que no. Decí que no
y reíte de todas las preguntas

que la tierra le hace a tu mirada
sin ojos. ¿Serán como los míos
o tendrán el color con el que brillan
en las caras amables de mis dos
hermanas? Despertate ya, saltemos
por encima del lazo que nos une
hacia ese ritmo de agua que transforma
mi infancia en una vida de palabras
usadas y tu sucia materia
en algo para dar sin interés.
Te traje acá hasta el auto, no te bajes
sin permiso. Si te perdés, no creas
que mi espera despierte nunca más”.

No sabés, D..., vi a una vieja profesora
enflaquecida por su enfermedad
y que de pronto se volvió una imagen
de la nada final. Su vida estéril
recitando sonetos españoles
brillaba tras el velo de la muerte
cercana y amarilla. Sí, hay signos,
no todo fue casual. Y no entraremos
callados en la noche. Como escoltas
graciosas, cegadoras, las alumnas
de veinte años miraban sin descanso
la corrosión del cuerpo, o escuchaban
mis sentencias fatales donde solo
percibían un tono demasiado solemne.

Quando salí, compré un café de máquina
y si tuvieras boca te daría
la gota más oscura que hay al fondo.
Imagino la mancha transparente
en la placa del tórax que ya corre
hacia el día en que latir y respirar
se tornen imposibles. Son las técnicas
de la imagen feroz como aquellos monitores
donde se movieron tus amigos nonatos
y dejaron de hacerlo. Pero tu gesto
inmóvil, detenido, encarna los posibles
labios que no bebieron ni una gota
de líquido, pulmones que no tuvieron
contacto con el aire. El sol se va
y cuando subo al auto, en la penumbra
calurosa, siento un súbito impulso
de dejarte tirado sobre el pasto y que alguien
te recoja o la lluvia, el sol, el barro
se encarguen de tus restos lentamente.
¿O preferís aún las manos de una niña?
¿Acaso vale el final de un poema
la mera posibilidad de un minuto
feliz para ella? Claro que no. Sigamos
la línea de los faros que nos llevan de vuelta.

“No me atrae el final porque no es nada
para mí. Aunque las cosas hablan una lengua
muerta, inanimada, hecha de volúmenes

que se desplazan como música o se fijan fuera del tiempo como pinturas. ¿Viste el cuadro que tenías y deseabas o preferiste el silencio de mi rostro a las promesas de otros acompañantes? Como si el dolor fuera a existir incluso en un cielo sin palabras, mirado por la rendija imperceptible de mis ojos, ¿quisiste lluvia sucia en mis mejillas que siempre soplan? La mayor todavía me pone un viejo traje que selló mi destino de payaso envuelto en acetato y en cartón. Francisca, Margarita y Angelina, nadie recuerda cuándo aprendió a hablar. Olvidenmé, olvidenmé, olvidenmé. No hay dolor esta noche, llevenmé a donde la memoria es pura imagen. Olvidensé, olvidensé, olvidensé”.

Brillan en el tablero luces verdes y advertencias naranja que la aguja no debe alcanzar. Volvemos por el parque otra vez, sin mirarlo. Dame ahora un coro, al mismo tiempo, una salida y un ingreso de todas a la escena donde espero que duren para siempre, al menos más que yo, más que tu gesto

de estatuilla oriental. Te digo sí
y también a las voces que en tu ruina
se graban. Mañana estaré solo,
tendré que cargar nafta, revisar
el agua. O quedarme en casa fingiendo
que escribo algo mientras trabajo
para que acabe el día y ellas vuelvan
a comer, a bañarse y a dormir.
Nuestro mejor destino es el olvido,
salvo en esto que hacemos para todos
y que a nadie hará mal. Así lo quiero.

“D..., te irás de nosotras, ¿las tres vamos
a empezar nuestras vidas nuevamente
o quedará un vestigio de los juegos
en donde eras el único testigo?
Te vas yendo para siempre, sí, siempre
recordaremos las voces en la pieza
que estábamos cerrando. Llegará
el día en que sabremos para qué
fue todo esto, la risa, el simulacro
de tanto sufrimiento. Hay que vivir
y no es ningún misterio: darte entonces
a otros que tal vez te necesiten
y que seremos también en este instante
fijado en las palabras, olvidado
y ahora recitado con tu voz
imposible. Pasará el tiempo, dejaremos

atrás la locura del padre que también
olvidará la precisión, el tono,
nuestras voces y gestos, cuántas éramos.
Tres personajes para cada una
formando un coro de nueve agudas nenas
cuando nuestros días de lágrimas
se vuelvan alegría para los que vivan
después de nosotras. Recién empieza esto
que tiene un ritmo difícil de aprender
hasta que lo tocamos, intenso, cambiante,
tan fuerte que se diría que pronto
sabremos para qué estamos viviendo.
Saberlo, sí, saberlo...” contestaron.

Este barrio se inunda cuando llueve,
¿pasarías flotando, D..., perdido
o arrojado en un rapto involuntario?
Conmigo estás a salvo por un tiempo.
Ahora subimos otra vez, cruzamos
fronteras de una mínima variación
en precios inmobiliarios. La avenida
está llena de negocios, casi todos
venden repuestos de autos, heladeras, pintura
o arreglan máquinas. Un par de esquinas
exhiben a esta hora sus chicas relucientes.
Casi llegamos, D..., ya están saltando
los amortiguadores sobre el paso
a nivel, con esos rieles que muy pocas veces

soportan un convoy. Hacia la izquierda verás la casa de donde salimos, nacimos como nombres y escuchamos un coro de pedidos cada día. Freno, busco mi maletín, por un instante ya te había olvidado en el asiento, pero mi última mano se cierra en torno a vos y te pongo bajo el brazo mientras sigo moviendo mi llavero hasta llegar al círculo que convenza al guardián abstracto de la entrada. Y finalmente pasamos el umbral. La más chiquita me dice “hola” y en silencio te entrego a ella, que de nuevo empieza a decirte cosas. Las hermanas mayores le explican el sentido del encuentro: “acá está el bebé”, “acá está el D..., tu D...” Pero no hay caso, tiene otra idea o varias: “primo, se llama primo”, les repite como una reprimenda. En sus ojos me pierdo en un olvido ilimitado.

“No las voy a olvidar, nunca podré desconocer que aman”.

Yo tampoco dejaré de escuchar estas palabras hasta que llegue el fin para los dos.

ÍNDICE

paseo	9
compras	21
cortes	29
motel kabin	37
el muñeco	45

Se terminó de imprimir
en Gráfica Solsona SRL
Argensola 1942 Tel/Fax (0351) 4723231
en el mes de junio de 2019
Córdoba - Argentina